

# EN LA BOCA DE MANU

© José Cabanillas Núñez  
jcabanillas@terra.com.pe

La avioneta bimotor sobrevuela el denso bosque de Manu, luego de cuarenta y cinco minutos de viaje desde Cusco, mientras Bárbara Heiss me pregunta por el tiempo en el tupido bosque tropical que vemos abajo. Bárbara es austriaca y jardinera de profesión además de lectora compulsiva de historias sobre aventuras en la selva y biología marina. «Esto es maravilloso», dice con un mal español enfocando con su cámara fotográfica el caudaloso río Madre de Dios, mientras la avioneta hace un suave giro para descender sobre una improvisada pista de aterrizaje rodeada de frondosos e insuperables árboles de cetico y lupuna.

Boca Manu es un centro poblado que está ubicado a unos tres kilómetros del encuentro de los ríos Manu y Madre de Dios. Tiene en la actualidad treinta y cinco familias mestizas provenientes de Cusco, Puerto Maldonado y Ucayali que viven allí desde su fundación, en 1980, atraídos por el boom maderero de la época. «Este es uno de los asentamientos más antiguos de la zona», dice Manuel Moreno, anciano poblador de Boca Manu, recordando la época en que hace casi cuarenta años, con una mochila al hombro y algunos sueños, decidió iniciar una larga travesía en bote que lo llevaría desde el río Ucayali por el Urubamba hasta la boca del río Tambo en Atalaya. «Llegué a un pueblo llamado Miaría», recuerda. «En aquel tiempo era un antiguo asentamiento de hacendados». En total un mes de aventuras surcando en bote desde el río Mishagua hasta Boca Manu.

Pero cuando Manuel Moreno y otros llegaron hasta a esta zona, conocida ahora por su proximidad al Parque Nacional de Manu, una de las reservas ecológicas más importantes del país, reconocieron también que el lugar era el centro de una intensa actividad maderera. «Prohibida desde la creación del Parque», señala Moreno. «Hasta que la naturaleza se encargó de entregarnos madera sin talar», dice finalmente esbozando una tímida sonrisa. En efecto, las intensas lluvias de la zona, entre los meses de enero a abril principalmente, producen grandes erosiones de tierra desde las nacientes del río Manu, dentro del Parque Nacional, de las cuales se desprenden troncos impresionantes de madera catahua, ojé, lupuna, caoba y cedro de altura, que es rojo y compacto y de mejor calidad por su antigüedad que los cedros de bajiales o bajíos. Estos troncos con trasladados luego por efecto natural, a lo largo y

ancho del río, hasta desembocar en el impresionante y caudaloso Madre de Dios.

«En la captura de cedro se aprovecha sólo el tronco, menos los extremos y las *aletas* que quedan en las orillas de los ríos», explica Ricardo Guerra, presidente de la Asociación de Pequeños Artesanos de Boca Manu, una organización local compuesta por 29 miembros dedicados a la colecta y venta del cedro flotante o ecológico. En la práctica esto significa aprovechar sólo un 70% de cada tronco recolectado, mientras que el 30% restante es abandonado por los colectores que no pueden transformarlo en otros productos para la venta por falta de equipos e insumos adecuados. «Esto es un problema si sumamos la cantidad de madera que se desperdicia anualmente por falta de herramientas y capacitación para poder aprovecharla», dice Guerra. En efecto, sólo en los primeros cinco meses del

año pasado los artesanos lograron capturar alrededor de 163,019 pies tablares de cedro de los cuales sólo el 70% fue transformado en botes o vendido como listonería a diferentes compradores en Boca Manu mientras que el resto del producto, unos 48,905 pies tablares aproximadamente, fueron abandonados en las playas o arrastradas por las aguas río abajo.

El puesto de control del Parque Nacional de Manu en Limonal, ubicado a unos 30 minutos en bote desde Boca Manu, tiene un registro actualizado de los 29 artesanos pertenecientes a la asociación que lidera Ricardo Guerra. Cada año llegan hasta allí, entre los meses de enero a abril, para esperar turno y coleccionar los troncos de cedro flotante que generosamente expulsa la tupida selva de Manu. Por ello, INRENA ha establecido un plan de manejo de troncos para la zona, que intenta apoyar directamente a la asociación de pequeños artesanos, permitiéndoles capturar los troncos flotantes de cedros no talados o ecológicos; pero ha dispuesto también el retiro inmediato de los troncos abandonados por los artesanos en las playas y bajiales. «Es impresionante», dice Bárbara Heiss mientras camina maravillada por el bosque entre lianas y espectaculares árboles de lupuna. «Aquí la selva es generosa», dice.